

Dos colosos de la historia natural costarricense del siglo XIX: Anastasio Alfaro y Henry Pittier

Julián Monge-Nájera* y Víctor Hugo Méndez-Estrada**

*Miembro Correspondiente, Sociedad de Biogeografía, París. Dirección Postal: Biología Tropical, Universidad de Costa Rica, 2060 San José, Costa Rica, rbt@cariari.ucr.ac.cr

**Investigador del Centro de Investigación Académica, Universidad Estatal a Distancia, Sabanilla, Montes de Oca, San José, Costa Rica.

INTRODUCCION

Aunque posiblemente hay información esclarecedora en el archivo del Museo Nacional, la falta de investigación hace que persista el misterio sobre el rumorado enfrentamiento entre el naturalista costarricense Anastasio Alfaro y el suizo Henry Pittier. Este capítulo recopila información sobre ambos que difícilmente podría hallar el lector no especialista, debido a su publicación en fuentes variadas y antiguas. Además, se da paso, a un vistazo a don José Fidel Tristán, a quien debemos un valioso brochazo sobre la historia personal de algunos naturalistas de antaño.

Las fuentes consultadas nos permiten ofrecerle al lector una idea de los aportes de los científicos costarricenses y extranjeros a la historia natural de Costa Rica, historia que muy poco se da a conocer pero que es de suma importancia.

Anastasio Alfaro: historiador natural costarricense

Anastasio Alfaro fue más un educador y administrador que un científico, aunque dejó algunas observaciones zoológicas dispersas y puede considerarse como un naturalista formal. En contraste con su humilde producción científica, sobresalió en cuanto a la popularización de la ciencia y la educación ambiental, a través de conferencias, artículos en periódicos y revistas y exhibiciones de museo (Garrón, 1974). Él puede ser considerado como el padre de la educación ambiental en Costa Rica. En el folleto Don Anastasio Alfaro González. Científico y Poeta, cantor de la naturaleza , Doris Stone resumió así su vida:

" Era el 19 de enero de 1951 y las campanas fúnebres de la iglesia de La Soledad en San José de Costa Rica, doblaban su mensaje lúgubre anunciando que alguien iba a devolver a la tierra su cuerpo y su sangre. Las personas que asistían al entierro demostraban con su presencia lo mucho que significaba el difunto para ellos. El Señor Presidente de la República con destacados miembros de su gabinete, representantes del cuerpo diplomático y el venerable Arzobispo de Costa Rica, podían distinguirse entre los familiares y amistades. Pero quizá lo más impresionante, si alguien se dio cuenta de ello, era el gran número de personas jóvenes y de mediana edad que acompañaban el cortejo. La ciudadanía estaba de duelo, pues había muerto el gran científico, maestro y destacado ciudadano, Anastasio Alfaro González...

Un distinguido escritor, Silas Weis Mitchell, dijo una vez refiriéndose a alguien que él no conocía: "Mostradme los libros que él ama y yo podré conocer al hombre mucho mejor que por medio de sus amistades mortales". En el caso particular del costarricense, Anastasio Alfaro, cabe dar vueltas a este pensamiento y decir: "Mostradme su bibliografía, lo que él ha publicado y yo os diré qué clase de hombre

era”. Esta frase encierra mucho más que simples palabras. La lista de las publicaciones de don Anastasio es tan extraordinaria e incluye trabajos que abarcan casi todas las materias que componen el concepto de una educación de humanidades. Así encontramos ponencias sobre filosofía, historia, ciencias y el idioma en el sentido poético, que sirven como testigos mudos del don supremo de dios para el hombre; un cerebro privilegiado.

Anastasio Alfaro abrió sus ojos a la luz del día en la ciudad de Alajuela, el 16 de febrero de 1865...

Los campos ondulados de Alajuela que son en verdad parte de faldas del volcán ardiente, el Poás, ofrecieron una atmósfera propicia para despertar en el niño Anastasio, quien tenía un cerebro inquieto y curioso, interés por la naturaleza. Desde los primeros grados de la escuela elemental hasta terminar sus estudios en el Instituto de Alajuela, el joven se esforzó por sacar buenas notas. En matemáticas, tenía como profesor a don Enrique Villavicencio, portorriqueño, hombre que poseía el don de enseñar, y a quien encantaba llamar a Anastasio para que resolviera ecuaciones en la pizarra. El muchacho leyó con el afán de las mentes curiosas, todo libro que llegó a sus manos. A la vez se dedicó a recorrer el campo para gozar mejor las maravillas que ofrece la naturaleza.

Hizo la suerte que el director del Instituto de Alajuela se ausentara por un período y el puesto fuera ocupado por el estudioso don León Fernández. Aunque esta situación no durara mucho tiempo, fue lo suficiente como para dejar su marca en el espíritu de Anastasio Alfaro. Don León tenía una mente disciplinada, Sabía influenciar y dirigir al muchacho que le parecía una promesa. Bajo su dirección Anastasio adelantó a grandes pasos. Nada descuidó el director y hasta quiso llevar consigo a París al joven de tanta promesa para que completara sus estudios. Desafortunadamente, don Pedro, su padre, pensaba de modo diferente. Uno de sus hijos mayores ya había estudiado en Guatemala, lugar predilecto por los descendientes de los ciudadanos de la antigua Capitanía General.

El orgullo y la esperanza hincharon el pecho del joven estudiante. Apenas con catorce años cuando fue objeto de la honrosa distinción y a pesar de haber recibido un premio en testimonio de aprovechamiento y aplicación en geografía e historia, Anastasio Alfaro abandonó el Instituto de Alajuela sin haber terminado su estudio. Se trasladó a San José enfrentándose a la oposición paternal y a la ilusión de su tía Margarita.

En San José ingresó al Instituto Nacional, radicando al principio en la casa de don León Fernández. El Instituto gozaba de un buen personal docente, y el joven Alfaro aprovechó con facilidad lo que se le ofrecía. Quizá una de las asignaturas que más llamó su atención fue la Historia Natural. Ocupaba esta Cátedra Jaime Torres Bonet, hombre que tenía el don de enseñar. Las notas de Anastasio en el Instituto Nacional seguían siendo sobresalientes y a veces premiados, hasta el punto que, dos años después de haber ingresado conquista Anastasio el título de Bachiller en Artes de la Universidad de Santo Tomás (19 de Marzo de 1883).

Pero antes de recibirlo, el graduado, quien necesitaba trabajo, más que por otra cosa por haberse venido a la capital sin el respaldo de su casa, buscó a su viejo profesor, don Enrique Villavicencio quien era Director de Estadística. Su fama de estudioso, aún en aquella época, debe de haber sido considerable, porque el primero de setiembre de 1883, el Ministro de Fomento recibió un proyecto para la preparación de una “Geografía de Costa Rica”. Las personas que habían de formar parte eran Bernardo A. Thiel, Carlos Gagini, Roberto Twhight, Pedro Porrás y Anastasio Alfaro. No era difícil inmigran la calidad científica de una obra semejante si hubiera tenido el apoyo del gobierno. El graduado pasó el año 1884 sin empleo, quedándose la mayor parte en Alajuela.

Pero en 1885, la América Central se encontraba en pleno dolor político. Costa Rica, Nicaragua y El Salvador se aliaron contra Guatemala y Honduras, El General Barrios, agresivo y dominante, ya había

empezado su singular ofensiva y desde la Meseta Central tropas costarricenses salieron a pelear. Anastasio Alfaro, a la edad de veinte años, recibió el grado de Capitán de las milicias de la República el 12 de marzo de 1885, hecho que más tarde le dio oportunidad para prolongadas expediciones en la frontera norte y el 16 del mismo mes Enrique Villavicencio le ofreció por telegrama un puesto. La muerte del guatemalteco Barrios, en los campos de Chalchuapa salvó a Centro – América de un completo infierno y el nuevo militar costarricense no tuvo que ir por el momento al frente.

Anastasio mantuvo su grado en la milicia pero siguió en su empleo de oficina donde colaboró con el “Anuario Estadístico”, un tomo que abarcó observaciones meteorológicas, y empezó a coleccionar aves, insectos, minerales y plantas.

Sus colecciones fueron tan notables que cuando la ciudad de Nueva Orleans invitó a Costa Rica para participar en una exposición este mismo año, el gobierno respaldó al incipiente científico ofreciéndole un local para llevar a cabo una exposición Nacional, enviando luego sus colecciones a formar parte de la gran manifestación de Luisiana.

Así fue el comienzo. Al año siguiente se abrió otra Exposición Nacional, la que contó con mayor entusiasmo. Lo más significativo de ésta fue la colaboración prestada por el ornitólogo José C. Zeledón, y los ciudadanos José María Figueroa, José Ramón Rojas Troyo y Juan José Matarrita ofreciendo sus propias colecciones. Con razón la Junta directiva organizadora sentía que su esfuerzo había sido de suma satisfacción. No sólo fue un éxito la exposición, sino que también dio empuje a la cristalización que lentamente vio desarrollándose en la opinión popular: la creación de un Museo Nacional: idea que desde 1885 expresó don Anastasio al Presidente Bernardo Soto.

Anastasio Alfaro tenía en aquel entonces solamente veintidós años, pero su carácter serio y su persistencia en el trabajo ya aseguraban para él un grupo de seguidores. La prueba es que el gobierno le envió a Washington para que pudiera obtener experiencia en el manejo y fundación de un Museo. Eso era lo que necesitaba el joven. Allá había amplia oportunidad para conocer a fondo los métodos recientes en la aplicación de las Ciencias Naturales, y lo que era aún más imperante, conocer a los mismos sabios que los inventaron o aplicaron. Anastasio Alfaro hizo amistades y conexiones que le sirvieron después tanto a él como a su patria.

En abril de 1887, regresó a los Estados Unidos. El 4 de mayo de ese año, por Acuerdo N°60, el gobierno de don Bernardo Soto establecía el Museo Nacional, bajo la dependencia de la Secretaría de Fomento y nombraba, con el título de Secretario (no de Director) a Anastasio Alfaro para dirigir dicha institución. El Ministerio suplió alojamiento para el nuevo Museo en la Universidad de Santo Tomás, y ahí fueron colocadas las colecciones que hiciera antes el señor secretario.

En 1887 también, Anastasio comenzó a formar sus planes para que Costa Rica participara en la propuesta Exposición Universal de París que el gobierno francés calculaba llevar a cabo en 1889. Esos planes provocaron una polémica desagradable. Quizás uno de los rasgos más horribles de la raza humana es el de los celos y otro que no hace favor al pueblo sino que por desgracia a veces se destaca, es la facilidad con la cual el hombre olvida. Celos y olvido fueron los dos factores que en 1888 se prestaron para empezar un ataque en la prensa contra Alfaro. El causante de la campaña pudo haber sido en el comienzo el profesor Villavicencio, el viejo patrón del joven, ya que su ex discípulo tenía la iniciativa de preparar un viaje a París. Una serie de publicaciones, citando al portorriqueño como el verdadero inspirador de un museo, y aún ligando su nombre con colecciones que formaban parte de las primeras exposiciones nacionales fueron apareciendo.

Para hacer algo en la vida, hay que desentenderse completamente de las críticas. El joven secretario apretó los labios delgados que formaban una línea recta, y se dedicó a trabajar más aún, El museo fue organizado a la manera del Instituto Smithsonian de Washington y tenía una Junta administrativa que inspiró confianza al pueblo. El gobierno compró para el museo las colecciones de Zeledón, Matarrita y

Biolley y su secretario se dedicó a redactar y organizar publicaciones científicas, incluyendo los Andes del Museo Nacional. Recibió en ese entonces una distinción internacional al ser electo correspondiente de la Unión Ornitológica Americana (1888).

Pero aún los celos y el odio seguían persiguiendo a Anastasio quien tenía que gastar sus energías en contestar los ataques del Director General de Estadística publicados en la prensa. La polémica proseguía en los periódicos “El Clarín” y “La Prensa Libre”. El propio gobierno participó en el debate. La pluma de Anastasio, sin embargo, no se cansaba. Defendía la colección de Troyo y la de las aves alojadas en el museo. Los ataques no fueron sólo en contra de Alfaro, sino también en contra del mismo museo, y por fin, Enrique Villavicencio se encargó de hacer ver al gobierno que la institución debía quedar como dependencia de Estadística o de Fomento, pero nunca de Educación Pública, en cuyo departamento el propio secretario parecía haber puesto sus ojos. Anastasio no obstante lo que sentía dentro de sí mismo, no permitió que aquella dificultad le quitara su entusiasmo y capacidad para el trabajo.

Sin embargo, desde el mes de junio hasta fines del año, se vio obligado a estar fuera de la capital para servir como ingeniero en la comisión costarricense encargada de marcar los límites de la frontera con Nicaragua. El trayecto que comenzaba en Greytown y seguía hasta la Bahía de Salinas, dio amplia oportunidad al joven Alfaro para conocer la naturaleza de esta zona de una manera íntima, hecho que le habría costado años si hubiera tenido que depender solamente de excursiones casuales. No obstante, las mil incomodidades, algunas de las cuales desesperaron por lo menos a uno de los que le acompañaban, el sentido poético y el empuje de su interés por la ciencia le hicieron sobrellevar las dificultades físicas. Esto se destaca en contenido de sus cartas, escritas sobre los troncos o venciendo múltiples inconvenientes.

Su correspondencia de Greytown, Nicaragua, contiene no sólo un diario del camino, sino también una descripción fiel del trabajo, todo mezclado con una nostalgia que ni su mismo interés naturalista le dejaba ocultar...”Por lo que respecta al tipo que Ud. Mejor conoce no la pasó tan mal, desde allí hasta el muelle de San Rafael, pues cuando los pájaros no lo entretenían con sus cantos melódicos, las hormigas encantadoras atraían sus miradas, unas con sonrisas de satisfacción por verlo tan maltratado y otras manifestándole sus temores de pasar a la colección de animales secos; porque debe tener en cuenta que entre los animales hay pocos que aceptan de buena gana el tener que abandonar la patria, familia, hogar y vida en provecho de la ciencia”.

La obra de demarcación continuaba, aunque Anastasio Alfaro fue electo por mayoría diputado suplente por Alajuela, el 19 de junio de 1891, y recibió la noticia formal de la Secretaría del Congreso Constitucional el 25 de junio . Según el archivo, parece que jamás ejerció el cargo.

Su interés por la historia natural, sin embargo, era constante. En carta del 9 de agosto de 1891, escrita a Gordiana , su señora desde “La Concepción”. Jiménez, por la frontera norte, encontramos lo siguiente aunque había dicho que terminaría con los trabajos el martes:... “No puedo salir el Miércoles porque tengo muchas cosas que alistar y quiero además dedicar algunas horas a las hormigas exclusivamente”.

Con la terminación de los trabajos en los límites, Anastasio Alfaro no interrumpió sus labores científicas. En setiembre sacó un permiso de la Secretaría de Fomento para excavar en Turrialba y ...”cualesquiera otros puntos que juzgare conveniente con el fin de recoger objetos arqueológicos para el Museo Nacional y para las exposiciones de Madrid y Chicago”. Y aunque una niña, la primera de sus ocho hijos, nació en octubre, prosiguió trabajando en sus colecciones hasta diciembre, escogiendo el Guayabo de Turrialba donde realizaba investigaciones arqueológicas de primera mano. Fue entonces que, con mucha razón, el gobierno de Costa Rica le nombró con el carácter vocal y comisionado especial miembro de la Comisión Costarricense para la Exposición Histórico – Americana que España iba a celebrar en Madrid en la conmemoración del 12 de octubre...

Para este hombre el honor de ser delegado de su país significaba no sólo la preparación de las colecciones , sino también de un catálogo referente a ellas, y el prolífico hombre de ciencia colaboró con el jefe de la delegación, el historiador y diplomático Manuel María Peralta, en la publicación de la “Etnología Centroamericana”.

El resultado de la exposición tuvo resonancia universal. Al principio en Madrid le hicieron socio de Mérito de la Unión Iberoamericana. La prensa madrileña elogió la labor de Anastasio Alfaro. Fue nombrado como uno de los jueces para representar a Dicon la Real Orden de Isabel la Católica, aunque no recibió en este momento el pergamino con el título de “Comendador de Número” el American Anthropologist aplaudieron sus esfuerzos. Formando parte de la manifestación, su propio país, Costa Rica, le conrrialba. Fue uno de los motivos por lo cual recibió el nombramiento de Primera Clase de la Real Orden Wasssa de Suecia, convirtnor.

Pero quizás uno de los sucesos más interesantes fue el entusiasmo que su misma patria manifestó por continuar la exhibición de sus tesoros en países extranjeros. El 6 de julio de 1893 fue abierto oficialmente el Pabellón de la República de Costa Rica en Chicago Illinois, E. U. A., siendo el Comisionado Especial Anastasio Alfaro uno de los responsables de su apertura y uno de los recibidores. Se llevaron las mismas colecciones y catálogo de Madrid pero no había campo para 7.000 piezas arqueológicas costarricenses y hubo que devolver 3.000 ejemplares al Museo Nacional. Con el temperamento de Anastasio Alfaro, este acto lo llenó de mortificación. Las caricaturas en el Chicago Tribune hicieron comentarios referentes a este hecho. Sin embargo, la exhibición de Costa Rica ganó premios y elogios otra vez. Entre éstos aparece el nombramiento de Anastasio Alfaro el 21 de Setiembre por el Gobernador del Estado de Kansas para que el costarricense asistiera como delegado al Congreso Panamericano en San Luis, Missouri, el 3 de Octubre de 1893.

Regresó a su tierra donde recibió otro reconocimiento el 15 de mayo de 1896. En San José, el Centro Español de Costa Rica le nombró Socio Honorario. Asumió su labores en el museo donde se preocupó con sus estudios hasta marzo de 1897...

El éxito que ya comenzaba en su desarrollo personal le enseñó que la posición y el respeto llegan como resultado de las labores del individuo y no por medio de la ambición ciega. El necesitaba el dinero para mantener una familia, pero el dinero con límites. Los niños acostumbraban acostarse a las seis o seis y media de la tarde. Entonces la mamá empezaba a coser para ellos, mientras el papá seguía con sus estudios. En los días feriados se encontraba el padre llevando sus hijos a excursiones, paseos que eran como lecciones, en verdad tomadas del libro de la propia naturaleza. Con un sueldo modesto, la familia Alfaro estaba contenta. Existían otras cosas en el mundo, y para Anastasio Alfaro y Gordiana una de las cosas más importantes era la educación. Era aquella todavía una época en que pocos padres de familia concebían para una hija otro fin que el de una boda. La preparación de la mujer les parecía absurda, y sobre todo si se tenía recursos propios. Los Alfaro pensaban en forma distinta:; para ellos, la educación era el elemento fundamental que aseguraría una vida feliz. Entendían que sólo así era posible que el individuo llegara a conocerse a sí mismo...

En cuanto a su trabajo diario, el museo se desarrollaba de tal modo que el Secretario se veía obligado a buscar otro lugar para alojarlo. Logró conseguir el traslado a los jardines del Laberinto de la Universidad de Santo Tomás, cerca de la iglesia de La Dolorosa. Allí, el 15 de setiembre de 1896, fue la inauguración en la que se rindió elogios y agradecimientos a Anastasio por su magnífica labor. Un poco después el 24 del mismo mes, a pesar del trabajo de traslado e instalación apareció impreso su libro Antigüedades de Costa Rica. Tampoco le faltó reconocimiento internacional. El 6 de diciembre de 1896, fue nombrado Socio Correspondiente de la Academia científico – literaria “La juventud Salvadoreña”, y a principios del año siguiente de nuevo publicó un libro bajo el título de Mamíferos de Costa Rica.

El año 1897 marcó otra época de triunfo y labor constante para el científico. La Primera Exposición Centroamericana fue planeada para la primavera de ese año y Anastasio Alfaro recibió el 3 de abril su

nombramiento para formar parte de la Comisión de Representantes de Costa Rica. Aunque salió un mes antes para Guatemala, donde recibió un Diploma de Honor por ser vocal de la Delegación de Costa Rica y sirvió como parte del jurado calificador de la fauna y la flora. Regresó a su tierra el 4 de octubre.

En Guatemala, no pasaron desapercibidos los talentos del costarricense. Había recibido un premio de 500 pesos por su libro *Antigüedades de Costa Rica*, la mitad del cual, Anastasio con su carácter especial donó después para la Sociedad de San Vicente de Paul. El guatemalteco Juan J. Rodríguez Luna, laudó la exposición de Costa Rica en la prensa de aquel país y en especial “la taxidermia organizada por el Director del Museo Nacional, señor Anastasio Alfaro”. Además del premio en dinero ganó medallas de plata por otros dos de sus trabajos: *Mamíferos* y *Etnología*, el último fue el que escribió, junto con el Marqués de Peralta, para la exposición de Madrid... Mi trabajo por ahora es medir de un campamento a otro, pues como ocupan las principales fincas del Guanacaste mi trabajo servirá en todo caso para el mapa general de esta región, con todos los caminos y puntos estratégicos.”

Aún con todo esto, parece que las condiciones en la capital y a lo mejor en el Museo Nacional, avisaron en Anastasio el deseo de volver tan pronto como le fuera posible. En vista de este anhelo, Bastos Guardia puso un telegrama desde Liberia al “Comandante Mayor Alfaro” a su campamento, el 20 de marzo, con instrucciones de seguir prestando sus servicios con el cuerpo de ingenieros.

El regresar después a San José se encontró al Director haciendo el papel que debía haber hecho la Junta Directiva del Museo Nacional. Esto no le convenía a Alfaro, aunque hubiese sido reservado para él su puesto de Secretario. Un gobierno comprensivo le nombró Oficial Mayor de la Secretaría del Palacio Nacional. Fue así como con su Jefe, el Secretario José Astúa Aguilar, el botánico suizo Enrique Pittier, y varias otras personas se embarcaron para la Isla del Coco con el objeto de estudiar las posibilidades de convertirla de nuevo en sitio apropiado para la colonia penal de Costa Rica. En su ausencia, el gobierno suprimió su cargo de Oficial Mayor para nombrarle Archivero Judicial y Director General de los Archivos Nacionales con un sueldo de 250 pesos mensuales. Ahí puso los toques finales y redactó una obra de tres tomos, iniciada por Francisco María Iglesias, con el nombre de *Documentos de la Junta Gubernativa*.

Justamente, en este período en que Anastasio trabajaba fuera del museo, que por su propia iniciativa fuera desarrollado, la persona que le reemplazaba en su puesto comenzó un ataque desagradable contra Alfaro. Otra vez las energías del científico tuvieron que gastarse en defenderse a sí mismo en vez de dedicarlas a su labor de investigación. Su posición fue bien documentada, y la opinión pública lo respaldó a tal grado que Anastasio Alfaro, el hombre íntegro, pudo vindicarse de los cargos indirectos e injustos sin parar por esto la curiosidad mental que el caracterizaba. Ciertamente es que la denuncia llegó a tal extremo que una Comisión del Ministerio de Fomento fue nombrada y todo el pleito apareció en el órgano oficial del gobierno, *La Gaceta*, con el resultado de que Alfaro fue completamente respaldado...

Tampoco pasó para el científico el año 1900 sin reconocimientos de afuera. La Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, Cuba, una asociación destacada que fue creada por Decreto Real del gobierno español en 1860, lo eligió Académico Corresponsal el 12 de noviembre de dicho año."

La obra de Anastasio Alfaro es de valor para la historia natural de Costa Rica, pues sus características de científico: humilde, creativo, sencillo, estudioso, responsable, veraz, objetivo y sincero, prevalecieron siempre sobre la envidia, la mentira, el odio, la ambición mesquina y la negación.

Su interés por la naturaleza, el rescate de la arqueología costarricense y de la geografía, nos permiten hoy contar con un Museo Nacional que resguarda colecciones centenarias de valor científico e histórico. Dio un alto nivel a la enseñanza de las ciencias naturales, la cual debe estar basada en la propia naturaleza, donde el estudiante adquiere la verdadera conciencia de respetar y aprovechar los recursos naturales en forma sostenible, utilizando lo necesario sin llegar al despilfarro y al desequilibrio ambiental. También fue importante su participación a nivel internacional: dio a conocer el valor ecológico de Costa

Rica, aspecto que motivó a muchos, científicos y aventureros, a viajar al país con fines diversos: desde los científicos y los de explotación.

Justamente, en este período en que Anastasio trabajaba fuera del museo, que por su propia iniciativa fuera desarrollado, la persona que le reemplazaba en su puesto comenzó un ataque desagradable contra Alfaro. Otra vez las energías del científico tuvieron que gastarse en defenderse a sí mismo en vez de dedicarlas a su labor de investigación. Su posición fue bien documentada, y la opinión pública lo respaldó a tal grado que Anastasio Alfaro, el hombre íntegro, pudo vindicarse de los cargos indirectos e injustos sin parar por esto la curiosidad mental que el caracterizaba. Ciertamente es que la denuncia llegó a tal extremo que una Comisión del Ministerio de Fomento fue nombrada y todo el pleito apareció en el órgano oficial del gobierno, La Gaceta, con el resultado de que Alfaro fue completamente respaldado...

Tampoco pasó para el científico el año 1900 sin reconocimientos de afuera. La Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, Cuba, una asociación destacada que fue creada por Decreto Real del gobierno español en 1860, lo eligió Académico Corresponsal el 12 de noviembre de dicho año."

La obra de Anastasio Alfaro es de valor para la historia natural de Costa Rica, pues sus características de científico: humilde, creativo, sencillo, estudioso, responsable, veraz, objetivo y sincero, prevalecieron siempre sobre la envidia, la mentira, el odio, la ambición mesquina y la negación. Su interés por la naturaleza, el rescate de la arqueología costarricense y de la geografía, nos permiten hoy contar con un Museo Nacional que resguarda colecciones centenarias de valor científico e histórico. Dio un alto nivel a la enseñanza de las ciencias naturales, la cual debe estar basada en la propia naturaleza, donde el estudiante adquiere la verdadera conciencia de respetar y aprovechar los recursos naturales en forma sostenible, utilizando lo necesario sin llegar al despilfarro y al desequilibrio ambiental. También fue importante su participación a nivel internacional: dio a conocer el valor ecológico de Costa Rica, aspecto que motivó a muchos, científicos y aventureros, a viajar al país con fines diversos: desde los científicos y los de explotación.

Otro coloso que escribió la historia natural de Costa Rica: Henry Pittier

José Fidel Tristán fue un naturalista innato quién recibió ocasional apoyo de, entre otros, H. Pittier y Paul Biolley, naturalistas suizos. Tristán publicó en 1897 una breve lista de insectos de Costa Rica y recolectó mucho material para especialistas extranjeros, pero de nuevo sus contribuciones más importantes fueron en educación y en una colección de bosquejos escritos sobre otros naturalistas.

Estos naturalistas costarricenses pioneros estuvieron atrapados entre dos épocas, la vieja de los naturalistas visitantes y la nueva, marcada por la llegada de varios científicos suizos entre 1887 a 1904; entre los cuales uno de ellos merece particular mención: Henri François Pittier (1857-1950). Pittier fue contratado por el gobierno para mejorar la educación en las escuelas secundarias para niñas y niños: el Colegio Superior de Señoritas y el Liceo de Costa Rica, respectivamente.

Pittier fue tiránico pero lleno de energía y muy productivo. Inició el establecimiento del Instituto de Geografía Física (1889), la Sociedad Nacional de Agricultura y el Observatorio Nacional. Dos revistas semicientíficas, los Anales y el Boletín del Instituto Físico Geográfico fueron aparentemente su iniciativa.

Junto con Adolfo Tonduz, Charles Werklé y George Cherrie, organizó el Herbario Nacional y las series botánicas *Primitiae Florae Costaricensis* (1891), escrita por taxónomos prestigiosos, quienes pagaban a Pittier cuotas considerables por especímenes recolectados por él y sus asistentes. Las fricciones frecuentes con sus colegas y las autoridades locales resultaron en el traslado de Pittier a Washington

D.C. y luego a Venezuela, donde un parque nacional lleva su nombre. Más adelante, trabajó como botánico para el Instituto Smithsonian. Pittier no rompió totalmente los lazos con el país en su larga vida, pues todavía corrigió la edición de un libro de geografía de Costa Rica cerca de cincuenta años después de su partida del país. Aunque se le asocia con la botánica, Pittier también hizo aportes en el campo de la zoología, especialmente en lo concerniente a los invertebrados.

El siguiente párrafo es un extracto de una reseña, publicada en el centenario del nacimiento de Pittier:

"El estudio de los invertebrados, que llevó a cabo en asocio con Paul Biolley, mereció su atención preferente, y sus publicaciones sobre los coleópteros, lepidópteros y otros, constituyen un comprobante de la dedicación y profundidad de los conocimientos de ambos sabios.

Es la botánica el campo de las ciencias naturales en que la obra católica, universal, realizada por Pittier, se presenta más vigorosa. Enamorado perpetuo de la naturaleza, pronto se dio cuenta de la pródiga y rica que se muestra en este rincón de América, no por gracia de los hombres que parece nos preocupamos más por destruir que por conservar más esta riqueza, sino por estar situado en el punto de cita de las migraciones humanas, zoológicas y botánicas, de lo cual resulta una concentración y variedad de culturas y especies como pocas regiones pueden ofrecer igual. José Antonio Echeverría señala ciento nueve especies botánicas y un género que, por uno u otro motivo, llevan el nombre de Pittier, como prueba de su diligencia en este campo.

Si sobresalió como ingeniero civil y para el ejercicio de esta profesión tenía un conocimiento superior y cualidades intelectuales y físicas de primer orden, fue la botánica el grande amor de su vida. Puede afirmarse que en Costa Rica distribuyó sus actividades en muchos ramos, pero una vez fuera del país, consagró a la botánica su extraordinario dinamismo.

Todo hombre grande lo es en la medida y capacidad de sus colaboradores. Si grandes fueron los méritos de Pittier, también es cierto que tuvo la colaboración inteligente y leal de hombres cuya preparación intelectual o técnica supo coordinar y dirigir: Paul Biolley, Adolfo Tonduz; Carlos Werclé, Juan Rudín, Pedro Nolasco Gutiérrez, Enrique Silva Ramírez, Pedro Reitz, Geo K. Cherrie; a su lado iniciaron los estudios o prácticas científicas, jóvenes de la talla de Fidel Tristán; Miguel Obregón y otros muchos. Sus escritos abundan en reconocimiento al mérito de varones eminentes que actuaron en otros campos de la ciencia, paralelos a los suyos, como Anastasio Alfaro, Gustavo Michaud, Carlos Gagini. Pittier figuró en una época de nuestro desarrollo que fue como un amanecer de actividad científica, cultural y política, en la cual como en toda agrupación humana, hubo choque de ideas, pareceres encontrados en cuanto a procedimientos y la conveniencia y oportunidad de aplicar los principios. Su carácter disciplinado y rectilíneo, su dedicación y concentración en el trabajo le habían enseñado el valor irremplazable del tiempo; la aplicación a los demás de esta filosofía personal le ocasionó contrariedades y sinsabores, que, después de todo, constituyen el manjar frecuente, casi cotidiano, del hombre en acción que tiene un plan definido en la vida, y trata de realizarlo. Por pensar en voz alta debió Pittier, como todos los demás que han tenido igual costumbre, debió pagar un crecido precio." (La Prensa Libre, 1957).

Otro escrito relata una pequeña biografía sobre Pittier, que a continuación se reproduce:

"Nació Pittier el 13 de agosto de 1857 en un caserío cercano al pequeño pueblo de Bex, en el cantón Vaud de Suiza. Se levantó en medio de montañas, praderas y flores que hubieron de influir grandemente en su espíritu infantil y que al fin vinieron a arraigar en él ese amor por la naturaleza general y por las plantas en particular. Vivían sus padres en la misma casa que ocupaba un notario público y en otra contigua la familia de los conocidos botánicos hermanos Thomas, exploradores de los Alpes y proveedores de casi todos los herbarios, no sólo de Europa sino también de los otros continentes.

A los 7 años ingresó a la escuela en compañía de los hijos de Thomas, circunstancia que le permitió penetrar a menudo en la habitación que guardaba la amplia biblioteca de éstos que excitaba grandemente la curiosidad del niño Pittier, hasta el punto de pagar a su camarada el pequeño Thomas los pocos céntimos de que podía disponer, a cambio de pasar algunos minutos, a escondidas, contemplando las coloridas láminas de las obras botánicas. Así comenzó a manifestar su inclinación por la botánica, en cuyo campo se le considera hoy como una indiscutible autoridad...

Pero, tout passé, tout casse, tout lasse. Llegó el día en que el padre de Pittier, obedeciendo a un nuevo nombramiento, tuvo que transferir su domicilio lejos del de sus amigos, aunque siempre al alcance del colegio, del cual además se separaron los compañeros que no iban a seguir estudios. Desde entonces Pittier los perdió de vista y hubo de hacer el largo viaje diario solo, lo que determinó en su carácter un cambio completo. Se ensimismó, tornóse taciturno y no tardó en que se le considerase de mal carácter, pues veía con indiferencia los juegos de los de su edad y se entretenía en coleccionar a escondidas, piedras, caracoles, insectos y otros objetos naturales, y como todo esto resultaba estorboso en la casa, a menudo acontecía que al volver de la escuela, encontraba que sus tesoros habían sido botados fuera. Al fin encontró un pequeño abrigo en las excavaciones de vecinas lomas de Lantaney que son de yeso friable. En el interior de una de estas cuevas, de entrada apenas suficiente para un muchacho de su tamaño, logró cavar un espacio de tres metros en cuadro que venía a constituir una pequeña sala capaz de contener sus colecciones y donde nadie vendría a molestarlo.

Allí estableció Pittier su incipiente museo y enseguida comenzó a formar su herbario con plantas que le eran conocidas por sus nombres vulgares, y a falta de libros adecuados, hubo de tomar prestado del Bon Jardinier, que él consideraba como una obra capital. Así se iniciaron sus estudios prácticas de la Botánica sistemática. Este diletantismo de aficiones desordenadas perjudicaron naturalmente sus estudios regulares. Para dedicarse a los primeros llegó a abandonar el colegio hasta por semanas, sin que se apercibieran en su casa. Ni castigos, ni reprensiones fueron suficientes para corregir su afán de "jubilarse", hasta que el director, hombre inteligente y simpático, que, a pesar de todo, siempre se había mostrado cariñoso con Pittier, logró atraerlo y en sus ambiciones de hacerse un destacado naturalista y este ejemplo demuestra lo errado que es pretender por la fuerza torcer las inclinaciones de un joven y en cambio lo conveniente que resulta alentarle en el camino de sus aficiones, siempre que se tenga el cuidado de llevarlo con método por la vía de los estudios ordenados.

Luego hubo de dedicarse a sus estudios superiores que concluyó en 1883 con el título de doctor en Ciencias e Ingeniero Civil. Durante este tiempo estuvo en diario contacto con naturalistas eminentes: los geólogos Charpentier y Chavans, Renevier, Chardt y Rittener, con botánicos de la talla de Schnetzler, Fabrat, Jaccard, Wolf, Muret y otros. Con estas autoridades científicas hubo de recorrer en sus vacaciones los Alpes suizos de uno a otro extremo, ejercitándose en los trabajos prácticos de aquellas asignaturas y acumulando un acervo de conocimientos que habían de serle de gran utilidad en el futuro.

Un accidente sufrido en una pierna, lo mantuvo postrado en cama por 22 meses, durante los cuales hizo repaso de todo lo adquirido y completó el estudio de aquellas materias en que se sentía poco fuerte. Fue entonces que tuvo oportunidad de oír un curso de Zoología del eminente Hackel, de Jena.

Concluidos sus estudios, Pittier fue nombrado profesor de Ciencias Naturales en el Colegio de Chateaux d' Oex. Los años que allí pasó en medio de una naturaleza en extremo interesante, fueron de las más dichos especies raras, la fauna, etc. Hasta que comenzó el estudio del cerebro de los cuervos, trabajo que comado Coronel del ejército inglés M. F. Work, estableció una red meteorológica en todo el valle.

Algunos de los trabajos publicados en el Bulletin de la Société vandoise des Sciences Naturelles y en el de la Société de Botanique belge, llamaron sobre él la atención de sus antiguos profesores de la Universidad, quienes influyeron para que le fuera ofrecida la cátedra recién creada de Geografía Física en la Facultad de Ciencias de Lausanne.

Parecía que Pittier hubiera alcanzado le meta de sus aspiraciones en el nuevo puesto, pero no tardó en darse cuenta de que era insuficiente su preparación para el cabal desempeño de su cátedra, porque era mayor el tiempo que requería su preparación, que el que duraban sus lecciones de una hora semanal. Le faltaba la experiencia personal que le parecía indispensable en un catedrático universitario, para exponer con autoridad propia su materia. Es verdad que tenía extensos conocimientos en los varios ramos de las Ciencias Naturales, bastante experiencia en geología, pero sentía que le faltaban estudio y conocimientos prácticos de los caracteres y fenómenos geográficos fuera de su país. Aunque en sus vacaciones había visitado la costa Norte de Africa y parte del Asia Menor, él consideraba como geógrafo era insuficiente sin el conocimiento de otros continentes, otros climas y otras formaciones.

Por eso acogió con entusiasmo la oportunidad que se le ofreció en 1887 de un viaje a Costa Rica, donde debía organizar el levantamiento del mapa e incidentalmente participar en las tareas educativas iniciadas los años antes por un persona numeroso que trajera de Europa el Licenciado Mauro Fernández. En largas conferencias con el Licenciado Fernández, llegó a convencerlo de que un mapa de Costa Rica, tal como lo habían proyectado en el país, sería trabajo largo, costoso, sin inmediata utilidad práctica y que era preferible hacer un levantamiento rápido, acompañado de un detenido estudio de los recursos del país. Como base primordial de las exploraciones por hacer, se imponía el establecimiento de un centro, cuya fundación se decidió enseguida, bajo la denominación de Instituto Meteorológico. No excusó el gobierno gasto alguno para llevarlo a cabo, a cuyo efecto seguidamente se procedió a la construcción de un edificio ad hoc, anexo al Liceo de Costa Rica y se hizo el encargo de una serie completa de instrumentos meteorológicos para una estación de primer orden. Mientras se daba comienzo a las observaciones regulares, Pittier se ocupó en la recopilación y el estudio crítico de las que hasta entonces se habían practicado.

La vista de los espléndidos volcanes que moran al Norte de San José, ejerció una poderosa atracción sobre Pittier: despertó sus entusiasmos alpinísticos y empezaron sus excursiones. Sus viajes por las espléndidas florestas que cubren las faldas de las montañas transportaron al éxtasis a nuestro botánico, a la vista de la belleza de las innumerables flores que a cada paso encontraba; y con el fin de saciar su curiosidad por conocer sus nombres, empezó a coleccionar.

Acogió el Superior favorablemente la idea de formar un herbario y puso desde luego a su disposición todos los elementos y recursos indispensables. Adquirióse entre otras obras la Biología Centro Americana y enviáronse al exterior sendos duplicados de plantas preparadas, pidiendo su determinación científica. En las listas de estas clasificaciones el número de especies nuevas a menudo igualaba y hasta superaba el de las ya conocidas.

Encaminado ya el trabajo del Observatorio y muy adoptado para el levantamiento del mapa, Pittier, ocupado, además, en la enseñanza, no daba abasto para los trabajos del herbario y recolección de las plantas y se hizo necesario traer un asistente en la persona del señor A. Tonduz, otro suizo, a quien el herbario de Costa Rica debe notables contribuciones. Sin que se hubiese procedido a los trabajos de campo, los preparativos para el levantamiento del mapa progresaban paulatinamente. El proyecto comprendía una triangulación astronómica, con aprovechamiento de los puntos ya fijados en los levantamientos de las costas, de los ferrocarriles de las costas, de las carreteras y de los ríos principales, por los métodos más precisos y la red así construida sería llenada con itinerarios levantados a brújula y podómetro.

Simultáneamente con estos trabajos topográficos uno o varios botánicos, zoólogos y geólogos deberían ejecutar los trabajos de sus especialidades. Con la adición de toda esta labor, el Instituto Meteorológico original resultaba un tanto modificado en sus propósitos y esto dio lugar a un nuevo decreto por el que se creaba el Instituto Físico-Geográfico nacional, que comprendía: El Observatorio Meteorológico y las estaciones meteorológicas de su dependencia; el Servicio Geográfico; el Museo Nacional y el Herbario Nacional.

Circunstancias especiales vinieron a aumentar el impulso dado a estas instituciones y a crear otras que con las anteriores tendían al fomento de los estudios científicos que debían al fin conducir al cabal conocimiento de las condiciones físicas del país. Como es sabido, Costa Rica está como el resto de Centro América, continuamente expuesto a sacudidas sísmicas. Casi no pasa día sin que ocurra un temblor de tierra. Efectivamente, las observaciones posteriormente practicadas por Pittier revelaron que podía contarse un sismo cada 24 horas.

Por supuesto, la mayor parte de esos movimientos pasan desapercibidos y aún si son apercibidos, la gente les concede poca o ninguna importancia. Pero ocurren a veces períodos de mayor intensidad en los cuales las sacudidas llegan hasta adquirir proporciones catastróficas. Tal ocurrió en 1888-1889, cuando más de 200 casas fueron derribadas en sólo San José, centenares de personas perdieron la vida (Nota del editor: El terremoto de que se hace mención es el de Fraijanes y producto de este sismo, pocas personas murieron.) y un pánico indescriptible se apoderó de la mayor parte de la población. Desde luego se atribuyó la causa de los inusitados disturbios a los volcanes de la vecindad y se nombró una comisión encabezada por Pittier para que practicase una inspección en los diversos cráteres.

El más accesible de los volcanes era el Irazú y desde su cima se domina completamente el cráter del Turrialba. Una rápida visita convenció a los comisionados que allí no había ocurrido nada excepcional. Faltaba inspeccionar los volcanes de Barba y Poás, apenas conocidos entonces por cazadores y de accesibilidad relativamente difícil. Los excursionistas invirtieron semanas en su expedición, teniendo que usar de continuo el machete para abrir paso a través de un cráter... Los comisionados fueron los primeros en contemplar el inmenso circo (así en el original: circo es una morfología asociada a acumulación de nieve y a glaciares. Aquí debe leerse cráter) de paredes desgarradas de aguas sucias y humeantes. En realidad no reposa, porque a cortos intervalos se agita su superficie y una columna de agua es violentamente lanzada hasta a 80 metros de altura para volver a precipitarse en su turbio lecho, Pittier fue el primero en tomar de este curioso fenómeno una fotografía la cual se halla reproducida en la Geografía Universal del célebre Eliseo Reclus.

A su regreso a San José, presentó Pittier un lujoso informe de sus observaciones y aprovechó la oportunidad para insistir en el desarrollo y ejecución del plan propuesto para la exploración científica del país y desde luego recomendó la inmediata adquisición de un sismógrafo como indispensable complemento de San José.

Al Gobierno liberal y progresista del General Soto sucedió el del Licenciado Rodríguez, más bien inclinado en la dirección opuesta. Por un momento se temió que se derrumbaría todo lo organizado por el Licenciado Fernández. Dos circunstancias salvaron, sin embargo, el sistema adoptado por la Instrucción Pública. El Dr. J. Pánfilo Valverde, llamó a Pittier y le manifestó que ni el Presidente ni el Consejo de Ministros encontraban juicioso el plan propuesto por él para el levantamiento y exploración del país pero que sostenían el asunto a una asamblea de técnicos, compuesta de todos los ingenieros nacionales y extranjeros residentes en el país, los agrimensores y diversas autoridades científicas de cuya opinión no se podía prescindir. Las reuniones se efectuaron en el Salón del Congreso. Pittier expuso un plan, el cual recibió la inmediata aprobación de todos los ingenieros tanto nacionales como extranjeros, pero fue violentamente rebatidos por otros miembros del improvisado tribunal quienes aprovecharon la oportunidad para descargar su saña contra los extranjeros, y hacer alarde de sus extensos conocimientos matemáticos. Diez días duraron las disertaciones sobre los problemas de Geodesia y los varios órdenes de triangulaciones hasta que, cansado el Ministro Presidente suspendió repentina e indefinidamente las deliberaciones y llamó a Pittier para que organizara el trabajo del mapa y de las explotaciones como mejor le pareciera.

Los años que siguieron fueron el origen de un sinnúmero de experiencias instructivas en todos los ramos de las Ciencias Naturales. Pittier estaba constantemente ocupado en las observaciones astronómicas, pero dedicaba el tiempo que éstas le dejaban disponible a investigaciones etnológicas, lingüísticas y

otras. Aprovechó también la colaboración de sus asistentes, los señores Cherrie y Tonduz, para ampliar sus conocimientos zoológicos y botánicos. Llegó así a conocer por sus nombres indígenas gran número de pájaros y como era apasionado cazador recogió también observaciones, nombres y noticias acerca de los mamíferos. Como es sabido, las dos terceras partes de Costa Rica estaban y están todavía cubiertas de selvas vírgenes y desde luego se comprende cuántas oportunidades le brindaban éstas para proseguir sus instructivas investigaciones.

Parte del tiempo en que estuvo ocupado en la determinación de las coordenadas astronómicas de los vértices trigonométricos, tuvo Pittier que vivir solo entre los indios y esta oportunidad la aprovechó para estudiar y aprender sus idiomas a la perfección dos de ellos y dejar escritos los cuatro vocabularios Bribri, Brunka, Térraba y Cabécar, con notas gramaticales e inconcluso el Guatuso, cuyo estudio, también había comenzado. Publicó, en cambio, el vocabulario y la gramática del Bribri, estudio que mereció un premio en la Academia de Ciencias de Viena donde fue presentado y dado a la estampa bajo el patrocinio del célebre lingüista Dr. Friedrich Müller. También vieron la luz sus notas gramaticales acerca del Térraba, preparadas en colaboración con su amigo el señor Carlos Gagini.

La convivencia con los indios le hicieron conocer a fondo la sencillez y la excelencia de sus costumbres y concluyó, al igual que von den Steinen, Koch-Grünberg, Jahn y otros investigadores por admirar y enlazar la modestia y la bondad de esa raza tan despreciada y hacerse su decidido defensor contra las injustas persecuciones de que criollos y blancos, que se precian de civilizados, hacen víctima a los pobres indios.

Una vez concluida la fijación de los puntos astronómicos y después de haber hecho también un estudio pormenorizado de la declinación magnética en casi todo el territorio costarricense, Pittier tomó a su cargo el trabajo y fijación de los itinerarios y de los ríos y caminos, según los recorridos de varios ingenieros y agrimensores. En sus referencias no cesa Pittier de ponderar el encanto de esas largas correrías a través de selvas verdaderamente vírgenes, guiándose sólo por el rumbo de la línea que une dos estaciones, a veces distante más de 100 kilómetros entre sí. Aunque se esforzaban en conservar esta línea, en las picas y trochas que abrían, no podían evitar desviaciones a uno y otro lado, según lo imponían los accidentes del terreno, pero volvían siempre a buscar esa guía, hasta alcanzar finalmente su objetivo. Era la misma aventurada navegación a que a veces se ven forzados los buques en el mar. ¡Y cuántos incidentes ocurrían! ¡Cuántos inesperados descubrimientos se hacían día tras día! En las estribaciones meridionales del potente cerro de Buenavista estuvieron los expedicionarios a punto de sufrir un casi naufragio, no a causa de las asperezas del terreno, en donde los precipicios se interponían a cada paso y los frecuentes torrentes se hacían infranqueables y no fue sino después de 33 días de privaciones, sufrimientos y angustias que la caravana, compuesta de siete hombres, logró salir a un camino trillado que bordeaba la Costa del Pacífico.

Se levantó, además de las carreteras y ríos principales la línea del ferrocarril desde Puerto Limón hasta Punta Arenas y al cabo de varios años que duró el recorrido y levantamiento de la mayor parte del país, se procedió a los cálculos y al dibujo del mapa de Costa Rica, que es el único servible y el que todavía está en uso al presente.

Sería incompleto el recuento de las actividades de una expedición a la Isla de Cocos, expedición que en sus anotaciones llama "famosa" y en la que actuó como jefe. Seguiremos, pues, al pie de la letra las referencias de Pittier. El Presidente Iglesias que era un hombre de vasta y cultivada inteligencia y gobernante de alto valer, tenía su punto débil: había sido minero y creía en la existencia de tesoros ocultos, en particular en la mencionada isla.

Una noche, a eso de las dos de la madrugada, hizo llamar a Pittier y seriamente le contó que acaba de traer de los Estados Unidos un hombre propietario de un aparato por medio del cual podían descubrirse depósitos de oro que estuvieran escondidos en el suelo, pero que este hombre por primera vez llegaba al país y necesitaba ser orientado. A las objeciones malhumoradas de Pittier, disgustado por haber sido

sacado de la cama a una hora tan inconveniente, el señor Iglesias replicó que el instrumento se fundaba en el reconocido principio de atracción que las masas metálicas ejercen sobre las de menor densidad, etc., agregando que venido el individuo a su presencia, lo había sometido a prueba y que efectivamente el aparato había indicado desde allí la existencia de oro en una dirección que correspondía exactamente a la del Banco Anglo Costarricense, en cuyas bodegas se guardaban sus depósitos de oro! Qué mejor prueba podía presentar un hombre que antes de esa noche nunca había venido a San José!

Pittier reflexionó que se le presentaba una excelente oportunidad de realizar una exploración de la Isla de Cocos y completar con ella sus estudios geográficos y botánico de Costa Rica y sin exteriorizar su incredulidad respecto al minero y su aparato, aceptó la misión con la sola condición de que se le permitiera llevar en su compañía a su amigo el Licenciado Biolley. A la tarde siguiente se pusieron en viaje y al amanecer del otro día llegaron a Esparta, donde un amigo refirió a Pittier que el famoso experimentador geofísico era un viejo minero que había vivido varios años en Costa Rica.

Embarcóse la misión a bordo del crucero Turrialba, para cuyo comandante llevaba Pittier instrucciones selladas. Se le agregó allí el buscador de tesoros con su aparato y desde luego convencióse Pittier de que los propósitos de aquél eran obra de una burda farsa.

Al llegar a la isla, manifestó el minero que sus experimentos durarían unos diez días y para ello requería la ayuda de un número de hombres. Según las instrucciones del señor Iglesias, el señor Pittier debía acompañarlo y en cada una de las estaciones del misterioso péndulo, debía determinar con el teodolito el azimur que resultara de las oscilaciones de aquél; los rumores o azimutes así fijados debían converger hacia el punto donde se hallaría el tesoro. Pero Pittier, poco o nada dispuesto a seguir al aventurero en sus descabelladas operaciones, se dedicó con afán y en compañía de Biolley, a la exploración de la mayor parte de la isla, logrando un rico acopio de animales y plantas que aún no habían sido descritos. Los animales desconocían al hombre a tal extremo, que aves de todas las clases llegaban a posarse sobre sus hombros y cabeza y sin el menor temor se dejaban agarrar. A los diez días se buscó al americano y se le manifestó que había llegado la hora del regreso y éste se efectuó enseguida, a pesar de las protestas del farsante, de que no se le había dado tiempo para concluir su tarea. Al llegar a Punta Arenas, supieron que el Presidente se había trasladado a Corinto para asistir a una conferencia con sus colegas centroamericanos. Nunca preguntó aquél a Pittier acerca del resultado de la "famosa" expedición, cuyo éxito más evidente fue el mapa de la isla y una serie de publicaciones sobre zoología y botánica."

La documentación sobre Pittier que conserva el Museo Nacional de Costa Rica es muy rica y este capítulo apenas tocó la superficie. Quedará a investigadores futuros el explotar esa mina, si no la hacen desaparecer antes los abatares políticos que hacen tan variable la administración de esa institución.

Al igual que a Anastasio Alfaro, a Henry Pittier se le debe parte de la historia natural de Costa Rica. Sus trabajos iniciales se relacionan con la creación del Instituto de Geografía Física y el Herbario Nacional, hoy día perteneciente al Museo Nacional. Estos organismos se vieron ampliamente favorecidos por los estudios de Pittier y otros, quienes pusieron todos sus esfuerzos en la creación de un mapa de Costa Rica continental y otro de la Isla del Coco.

Sus amplias colecciones de plantas, aves, invertebrados y mamíferos son de especial valor pues su taxonomía se vio ampliamente favorecida: se identificaron muchas especies que en ese momento eran desconocidas.

Existe información documentada (Vargas, 1979) sobre las expediciones que realizó Pittier y sus descripciones geológicas de varios lugares de Costa Rica, muchas de ellas relacionadas con el Volcán Poás. Hizo una detallada descripción del volcán y de sus ecosistemas, interpretando muchas veces su alteración: "Me inclino a creer más bien que lo que ha matado la vegetación es que el mucho anhídrido

sulfuroso que se desprende del cráter aleja también de allí a los otros seres vivos” (Vargas, 1979: 41).

Sus aportes a la creación y mantenimiento del herbario son fundamentales, pues lo dotó de valiosas colecciones. Además logró adquirir literatura para el uso de los visitantes y estudiantes.

Sus observaciones astronómicas y geológicas pretendían conocer los fenómenos sísmicos y volcánicos, así como informar acerca del estado de los volcanes activos de Costa Rica. No menos importantes son sus aportes en el campo antropológico, pues estudió las lenguas Bribri, Brunka, Térraba y Cabécar.

REFERENCIAS

Conejo, A.;1975: Henri Pittier. Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, San José Costa Rica, 162 p.

Garrón de D., V.; 1974: Anastasio Alfaro. Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. San José, Costa Rica. 188 p.

Gómez P., L.D.;1978: Contribuciones a la pteridología costarricense. XII. Carlos Wercklé. Brenesia 14-15: 361-393.

Gómez P., L.D. y. Savage. J.M; 1983: Searchers on that rich coast: Costa Rican Field Biology 1400-1980, p.1-11. In. Janzen D.H (ed.): Costa Rican Natural History. University of Chicago, Illinois.

Gómez P., L.D.; 1977: Contribuciones a la pteridología costarricense. XI. Hermann Christ, su vida, obra e influencia en la botánica nacional. Brenesia 12/13:25-79. Ver también Gómez, 1978, op cit.

Stone, D. s.f. Don Anastasio Alfaro González. Científico y Poeta, cantor de la naturaleza, Museo Nacional de Costa Rica, San José.

Vargas, C.; 1979: Antología el Volcán Poás. San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, vol. 1.